

# RECUERDE EL ALMA DORMIDA

Autora: MARAIMA

## RELATO DE MI EMIGRACIÓN A M<sup>a</sup> CRISTINA

Cuando pongo en marcha “la caja tonta” para ver el telediario, casi siempre sale algún “cayuco” repleto de emigrantes, pobrecitos, miro sus caras tan tristes, agotadas del largo viaje y asustados, pensando que les esperará a su llegada.

No puedo por menos que recordar, mi largo viaje a Aranjuez con mi prima; muy pequeñitas las dos, otra niña de unos 13 años y su madre que fue la que nos llevó a M<sup>a</sup> Cristina. Mi prima tenía allí a sus dos hermanas y yo a la mía.

Mi madre y mi tía, no pudieron acompañarnos porque mi tía tenía todavía en casa cinco varones y mi madre a mis dos hermanos que eran pequeños.

Después fue el pequeño a Valladolid y el mayor a Sta. Bárbara, pero los dos tenían mucha miopía y como no podía ingresar así en la Academia, se volvieron a casa con pena porque tenían gran vocación y además se habían encontrado muy felices entre los Pínfanos. Optaron por estudiar derecho en Granada.

Siempre habían soñado con ser militares como los dos abuelos, (de los últimos de Filipinas).

Al año de morir mi padre, llamaron a mi hermana al Colegio y yo tuve que esperar a cumplir la edad reglamentaria para ser admitida.

Me quedé muy triste sin ella pero como era la pequeña, mis dos hermanos eran muy cariñosos conmigo y me dejaban jugar con ellos al balón de “recoge pelotas”.

Mi abuelo también nos entretenía mucho contándonos cosas muy interesantes de Cuba y Filipinas y nos enseñaba a hacer cuentas.

Poco tiempo después, al año de mi padre, también falleció él, dejándonos doblemente huérfanos pero fuimos unos niños bastante buenos y valientes, procurábamos esconder nuestro dolor para evitárselo a nuestra madre que era una gran mujer y de una valentía impresionante, una digna hija

y mujer de Militar; nunca la vimos llorar ni lamentarse de su situación.

Yo fui la más difícil, aunque no lloraba, no comía nada, solamente tomaba leche; por esto mi abuelo y mis tías, no querían que fuera tan lejos al Colegio, pero yo estaba muy ilusionada con irme como mi hermana y ser Maestra.

En mi pequeña mente pensaba que enseguida que llegara me harían Maestra, que sería algo como hacer la Primera Comunión. Los niños de antes éramos más inocentes y más bebés que los de ahora, parecíamos más pequeños.

Por fin una mañana, me dio mi madre la gran noticia que ya me habían llamado al Colegio y también a una prima hermana mía, pequeñas y como nos íbamos juntas, me puse muy contenta porque nos queríamos mucho.

El encuentro en la estación marítima, fue de lo más cariñoso y emotivo, un poco corto de tiempo para que no sufriéramos con las despedidas.

Enseguida llegó un viejo barco, que exagerando un poco, era casi un “cayuco” repleto de ratas que corrían a su gusto por los pasillos y camarotes.

A nosotras nos pareció grandísimo, subimos la escala muy formalitas aguantando los “pucheros”.

Soltamos los equipajes en el camarote y como era de rigor, antes de acostarnos la Señora que era muy buena y entendida en niños, nos llevó al “escusado”. Mi prima y yo nos metimos juntas en uno porque no queríamos separarnos por si nos perdíamos.

Cuando oí soplar y el ruido tan grande que hacía el viento, allí fue mi sentimiento, abracé a mi prima y le dije bajito: “Primita, me parece que vamos a correr la suerte de la famosa María Sarmiento que fue a hacer lo que nosotras y se la llevó el viento”.

Volvimos al camarote y ocupamos cada una nuestra litera para intentar dormir pero el barco se movía más que un garbanzo en la boca de un viejo sin dientes, se oía a todos quejarse y echando las primeras papillas.

Mi prima lloraba en alto y al mismo tiempo se acordaba de la comidita que su mamá le preparó para el viaje y entre llantos gritaba: ¡Mis bisteles, quiero mis “misteles” y la señora no sabía cómo calmarla.

Yo no me mareé ni lloraba fuerte pero no podía borrar de mi cabeza, el recuerdo de la última vez que ví a mi padre con sus grandes ojos y los míos llenos de lágrimas, que limpié con la faldita de mi vestido, cuando estaba en la camilla de la ambulancia militar. Yo tenía apenas seis años, pero nunca lo he olvidado. Yo era la cuarta y última que le pude ver en vida.

Una mañana amaneció muy malo con un infarto que le acababa de dar y vinieron mis tías para llevarnos con ellas y con mi abuelo; a mí me habían arreglado la primera; mientras preparaban a mis hermanas yo me escapé porque vi en nuestra puerta un coche muy grande verde y era una ambulancia militar.

Corrí y con mucho trabajo me cogí a los escalones y me metí dentro. En un lado había una camilla vacía y me escondí debajo de ella aguantando la respiración; al momento metieron a mi padre que lo traían en la otra camilla.

Cuando cerraron las puertas y arrancó la ambulancia yo salí muy despacio de rodillas a la cabecera de mi padre porque yo era muy padra. Pegué mi carita a la suya y al momento noté que estábamos muy mojados, me incorporé y me miraba compadecido, los dos llorábamos y fue cuando le sequé los ojos y la cara con la faldita de mi vestido, le dije: ¡No te vayas papaito!

En esos momentos, los enfermeros que iban delante, se imaginaron que pasaba algo y pararon por si el enfermo estaba peor. Uno de ellos bajó y nos abrió las puertas y al verme allí, muy emocionado, me cogió en brazos y me llevó a casa de mi abuelo.

Corto aquí este doloroso tema, no nos vaya a pasar como cuando leemos las cosas de "Mundi". Me marchó dando un salto al barco, donde me había quedado, mientras tanto, ya llegábamos a Málaga donde descansamos.

Aquella noche cogimos un tren de los de aquellos tiempos hasta Córdoba donde cambiamos a otro para Madrid. Había que trasbordar como se decía entonces.

El viaje hasta Córdoba, fue tranquilo aunque seguían los llantos de mi prima que solo la animaban sus "misteles".

Yo como no comía, para dormir me bastaba mi dedo pulgar que me lo chupaba todavía y era como un relajante ¡palabra que me sabía rico! Pero me tapaba la cara porque me daba vergüenza que me vieran.

Amanecemos en Córdoba, y dimos un paseo por su precioso parque.

Al día siguiente cogimos por fin el "avecarboncilla" para Madrid y ya por la tarde nos dejó en Aranjuez, enseguida llegamos a la inolvidable "Casona" que tanto quisimos y seguimos queriendo, nos pareció preciosa a las cuatro que íbamos, nuestra nueva casa.

Llamamos a la puerta y nos abrió Sor Emilita que era una gran Santa y enseguida apareció la querida Mamer con nuestras hermanas muy contentas y cariñosas con nosotras y ya mi prima dejó de llorar al ver a sus hermanas.

Yo esperaba encontrarme con las "cornetas" de los monjas de Caridad

pero al ver sus tocas plisadas me acordé de los papeles de la madalenas y dada la dulzura con que nos trataron, me pareció que se habían escapado de una pastelería.

Siempre las quise muchísimo y como eran tan buenas y comprensivas, pensaba que eran nuestros ángeles de la guarda o seres especiales que estaban allí para cuidarnos como lo hubieran hecho nuestros padres.

Como no las veía comer porque vigilaban y ellas no comían, además no dormían porque les tocaba vigilancia. Esto me intrigaba mucho hasta que un día, muy pequeña todavía le pregunté a Sor Margarita Bayón que inspiraba más confianza: Madre ¿La monjitas hacen “pis”? se echó una carcajada y me contestó que no eran “espíritus puros” pero yo lo seguí dudando.

Quiero contar también que a nosotras no nos llevaron a Sor Lussi porque llevaría muchos años con San Pedro, tampoco nos pegó Sor Elisa, porque nunca nos pegaban, eso que contaban las primeras niñas sería para que rimara la canción.

A nosotras nos llevaron a la Enfermería, nos dejaron muy limpietas sin la “carbonilla” de los trenes . Tomamos algo y nos acostaron en la sala grande porque llevábamos mucha tos y cansancio del viaje tan largo.

Por la mañana vino la prima mayor (porque la otra y mi hermana, eran pequeñas aún) nos peinó y demás y trajo los “cutifinos” y otros atuendos; quedábamos hechas unas verdaderas “Pinfanitas” , mi prima dejó de llorar; yo me siento orgullosa cuando lo pienso, ya empezaba a ser algo Maestra.

Lo pero para mí fue el desayuno cuando me di cuenta de que había en la mesa dos enormes tazones de café con leche y que me tenía que tomar uno yo sola todos los días ¡que espanto! Prefería que me hubieran puesto a fregar yo sola las escaleras de San Rafael.

Mi ilusión por ser maestra y pensando hacer feliz a mi madre escribiéndole para decirle que me encontraba muy a gusto en el Colegio y que ya comía de todo; en esto no le mentía porque en realidad me acostumbré enseguida, nunca lloré por nada.

Todas las niñas eran formidables y nos queríamos como verdaderas hermanas; entre nosotras siempre hubo un gran compañerismo, estábamos muy unidas y nunca nos olvidamos al salir de la querida “Casona”.

La monjas ni que decir tiene la paciencia que tenían para educarnos a tantas, si tenían que reñir o castigar, lo hacían con la mayor dulzura y enseguida lo olvidábamos.

Ellas, no solo entrenaban nuestras mentes, también fueron capaces de amoldar nuestros corazones, y prender en nosotras una pequeña chispa que

se ha extendido entre nosotras y nunca llegará a apagarse, no se consumirá mientras vivamos un solo Pírfano y sus descendientes.

Fue una experiencia única; de ella puedo decir que es incomprensible para los que no la vivieron; de este cariño tan grande y esta unión entre nosotros para alegrarnos con los que ríen y llorar con los que lloran, hacemos partícipes a los cónyuges, familias y todos los que nos acompañan.

Intentamos transmitir este maravilloso Patrimonio que llevamos tan arraigado; los que habéis sido padres o madres, a vuestros hijos y nietos y las Maestras y Profesores también hemos intentado que nuestros alumnos fueran un fiel reflejo de lo que aprendieron de nosotros; pienso que de algún modo, lo conseguimos.

Termino lanzando un emocionado ¡¡Gracias!! A todos los que nos formaron y por encima de todo a nuestros añorados padres, a todos ellos que murieron pensando en nosotros y derramaron su heroica sangre por Dios y por España.